SECCIÓN HISTÓRICA

LA EMPERATRIZ EUGENIA [1]

CUANDO el P. Zulueta me rogó que viniera a hablaros de la Emperatriz Eugenia, acepté gustosísimo, no sólo porque es difícil resistir a un requerimiento del P. Zulueta, sino porque siempre me fué grato venir a Oxford, donde hace algunos años se me confirió la altísima distinción de doctor *honoris causa*, que estimo entre las que más de cuantas poseo. Me agradaba, por añadidura, visitar Campion Hall, que tuve hace pocos años el honor de inaugurar, porque he pensado muchas veces que sin esa inauguración, me habría sorprendido en España el fatídico mes de julio de 1936, y en tal caso no estaría aquí hoy, pese a la supuesta legalidad del Gobierno republicano.

Me pedís que os hable de la Emperatriz Eugenia y es asunto que siempre me resultó grato, porque la conocí muy bien y la quise más. Ocupaba posición relevante en mi familia; fué como una madre para mi padre, que había perdido la suya siendo niño, y para mí más que una abuela. Sabéis también probablemente que terminó en mi casa de Madrid su larga vida.

[1] Conferencia pronunciada en «The Ark», el 15 de julio de 1941, por el Excmo. Señor Duque de Alba, Embajador de España.

Gusto de consagrar a la Historia el tiempo de que dispongo, y la esencia de la Historia consiste, como no ignoráis, en averiguar la verdad, para lo cual, no importan únicamente los hechos, sino también la manera con que se relatan y la calidad de quien los relata. Hay en todo historiador un punto de vista subjetivo, que responde a su personalidad, y esto les acontece lo mismo a Herodoto o Tucídides que a los simples mortales; por eso habré de deciros algo acerca de mi persona y de mis relaciones con la Emperatriz. Os diré lo que juzgo que es verdad, pero no tengo la pretensión de ser imparcial, porque la quise y la consideré persona realmente admirable, condenada a sufrir mucho por causas políticas, pero destinada también a pasar a la posteridad con el nimbo del honor y la aureola de la virtud. Era hermana de mi abuela, la Duquesa de Alba, y cuando ésta murió, en 1860, mi padre y sus dos hermanas quedaron al cuidado de la Emperatriz, que fué para ellos la más cariñosa de las madres. Heredé esta tradición y la consideré siempre como suplementaria abuela paterna. Poseo un delicioso retrato de la Emperatriz, pintado por Winterhalter. La representa de luto, sentada en un sillón que ostenta en el respaldo las armas de la Casa de Alba. Regaló este retrato a mi abuelo, dándole a entender así que se proponía ocupar el lugar de su hermana en el hogar de los huérfanos.

La primera vez que la vi tenía yo seis o siete años. Había ido ella a Bruselas, adonde me condujeron a mí con mi hermano y hermana para saludarla, y desde aquel día hasta el de su muerte, no hubo año en que no pasara a su lado un par de meses, bien en Inglaterra, bien en Cap Martin, su casa de recreo del Mediodía de Francia. Vino además frecuentemente a España, donde murió a los noventa y cuatro años, en circunstancias que os relataré después.

Como todos los seres humanos tenía cualidades y defectos; pero, en mi opinión, las primeras sobrepujaban considerablemente a los segundos y en todo caso puedo afirmar que poseía en alto grado dos grandes virtudes: el

valor personal y el agudísimo sentido del honor. Ambas cualidades son típicamente españolas, y sin duda procuró conservarlas, como lo procuramos todos sus compatriotas.

Nació en Granada mientras descargaba una terrible tormenta acompañada de terremoto, el 25 de mayo de 1826.

Su padre era aristócrata de sangre azul, el Conde del Montijo y de Aranda, que fué también Duque de Peñaranda y tuvo otros títulos. Como Conde del Montijo sucedió a su hermano, famoso personaje de aquel tiempo, apodado «el tío Pedro», que había intervenido en las agitaciones políticas de su época. Por raro caso entre los nobles españoles contemporáneos, el Conde del Montijo era un afrancesado, esto es, un francófilo que había servido la causa de Napoleón como oficial de artillería, y perdido un ojo, más el uso de un brazo y de una pierna, mientras probaba una pieza de cañón, que explotó. En 1814, capitaneando a los estudiantes de la Politécnica, fué uno de los últimos defensores de las alturas de Montmartre, contra los ataques de los ejércitos aliados, muy poco antes del derrumbamiento de la causa napoleónica. No sospechaba entonces que la hija a quien tanto quería (como advertimos por las cartas que ella le escribió siendo niña), había de casarse con el heredero de aquel gran Napoleón, por el que sintió durante toda su existencia admiración tan profunda.

Pertenecía a la familia de los Guzmanes, descendiendo, por tanto, de aquel famoso Alonso Pérez de Guzmán, apellidado «El Bueno», considerado en España como modelo de caballeros leales. Gobernaba el Castillo de Tarifa, sitiado por los moros en el siglo XIII. Los sitiadores tenían cautivo a su hijo, y llevándole al pie de las murallas, amenazaron con la muerte del niño si Guzmán no se rendía. Su contestación fué sacar el puñal de su vaina y lanzarlo a los enemigos, gritando: «— Podéis matar a mi hijo, pero no conseguiréis que traicione mi causa.» Como sabéis, este noble ademán ha sido renovado hace bien poco por el Coronel Moscardó, defensor del Alcázar de Toledo. Los

rojos le notificaron por teléfono que tenían en su poder a su hijo y que le fusilarían si no se rendía. La historia es la misma, pero yo no estoy seguro de que los moros consumaran su amenaza; desgraciadamente lo estoy de que los rojos fusilaron al hijo de Moscardó.

Esta familia cuenta también con otro ilustre antepasado, Santo Domingo, fundador de la Orden Dominicana.

El Conde del Montijo falleció cuando sus dos hijas eran muy jóvenes, quedando ellas encomendadas a la madre, que vivió muchos años, porque murió de ochenta y cinco, en 1879.

Esta señora fué persona realmente extraordinaria; tenía origen escocés, el de la familia Kirkpatrick y Closeburn, muy perseguida por su devoción a la causa de los Estuardo. El padre de ella había emigrado a Málaga, donde alcanzó gran prosperidad y llegó a ser Cónsul americano. Era hermosísima, como se advierte en sus retratos, pero todavía superaban a su hermosura las cualidades de su entendimiento y de su carácter.

La Condesa del Montijo ocupaba una situación excepcional en el mundo de su tiempo, no sólo en Madrid, sino en París, Londres, y dondequiera que vivía. En Madrid era persona relevante de la buena sociedad. Su palacio de la plaza del Angel y su casa de recreo de Carabanchel, en los alrededores de Madrid, eran centro de reunión de las personalidades contemporáneas más destacadas: políticos, generales, escritores, pintores, poetas, eran todos allí bien recibidos.

Me limitaré a citar a Próspero Merimée, el delicioso escritor, sincero amigo suyo, quien, bajo la máscara del escepticismo casi cínico, ocultaba un noble y ardiente corazón. Esta amistad ha quedado consagrada en muchas cartas que él escribió a la Condesa, y que yo he tenido el gusto de publicar. Ella fué quien le contó la leyenda de *Carmen,* argumento de la novela de Merimée, origen del libreto de la famosa ópera, escrita por el músico Bizet. Stendhal, Serrano, Narváez, Washington Irving, así españoles como extranjeros, rendían homenaje a la excepcio-

nal inteligencia de esta Señora notabilísima. Permitidme que os ofrezca un rasgo de su ingenio: Poco después de casar su hija con el Emperador de los franceses, acontecimiento que era a la sazón tema de la actualidad, se le acercó una princesa de la Casa de Borbón y la espetó esta inconveniencia:

«— He oído decir que su hija de usted se ha casado hace poco», a lo que contestó con aguda rapidez: «— Sí, señora, está viviendo en las habitaciones que ocupó últimamente la madre de V. A.».

Se han escrito muchos libros sobre la Emperatriz, y no dejarán de escribirse muchos más en lo sucesivo; su robusta personalidad y la romántica historia de su vida interesarán siempre a los lectores. Para no mencionar sino algunos biógrafos, citaré a Sencourt, Loliée, Luciano Daudet, Aubrey, Filon, y por último, aunque no el último, la señora Ethel Smith, que ha conseguido realizar una maravillosa pintura de la Emperatriz. Sigo creyendo que el mejor de todos esos libros es el que escribió mi amigo el profesor Sencourt, y prefiero la edición francesa, porque está espurgada de los errores que se deslizaron en la inglesa primitiva y se corrigieron después.

He tenido la fortuna de contribuir a esta bibliografía sobre la Emperatriz con dos libros: el que inserta la copiosa correspondencia mantenida por Merimée con su madre, que comenzó en 1839 y terminó con la muerte de ella en 1870 (luego os diré el motivo de la publicación de estas cartas), y el aparecido con el título *Lettres familières de l'Imperatrice Eugènie*, donde se contiene la correspondencia entre la Emperatriz y su madre, su hermano y su padre, y la que mantuvo con mi madre y conmigo, que abarca el período comprendido entre 1836 y su muerte, en 1920. La Emperatriz se distingue realmente en el género epistolar; y estas cartas tienen especial interés para los historiadores, porque están escritas con infrecuente sinceridad.

La vida de la Emperatriz puede dividirse en tres períodos: el de su infancia, el de su matrimonio con el Empe-

rador de los franceses y el de su larga viudez, transcurrida en el apartamiento. Procuraré daros mis impresiones personales, ilustradas con alguna que otra anécdota, más bien que referencias históricas, de las que encontraríais en cualquiera de los libros citados.

Sus primeros años coincidieron con una constante agitación y una guerra civil en España. Recuerdo muy bien haberla oído referir que cierto día, en Madrid, siendo ella niña, se le amonestó para que no se asomase a las ventanas, porque había motín en la calle, lo cual bastó a su curiosidad para impulsarla a mirar lo que ocurría, viendo con horror a un pobre fraile de quien se apoderaba la multitud apuñalándole por la espalda, mientras regaba sus ropas la sangre que salía de las heridas. Fué sin duda el día que se conoce en la *Historia de España* por el de la matanza de los frailes, cuando algún espíritu perverso de los que están siempre dispuestos a explotar la ignorancia de las multitudes, esparció el rumor de haber envenenado los frailes pozos y fuentes, crimen imaginario que se castigó con numerosos asesinatos.

Por este tiempo fué llevada Eugenia a París para educarse en el Sagrado Corazón. El viaje era largo, y además se hubo de hacer con gran rodeo, porque el camino normal, a través de la frontera vasca, estaba ocupado por los carlistas. Todas estas aventuras impresionaron mucho su juvenil imaginación. Llegó a París con su hermana y madre, y allí fué donde, merced a la afición de ésta por cultivar la amistad de hombres excepcionales, trató a Merimée y a Beyle, el autor de *La Cartuja de Parma*, más conocido por su seudónimo de Stendhal. Jugó con ella y la contó historias que fascinaron su imaginación, sobre todo referentes a las guerras napoleónicas, en las que había tomado parte. Estuvo en la campaña de Rusia y acompañó al ejército francés cuando la retirada de Moscú.

Pocos años después, ella y su hermana volvieron a España, donde la vida les fué muy agradable. La residencia de Carabanchel era el centro de toda la juventud del día, así muchachas como muchachos de su edad. Eugenia se

enamoró, y el hombre que la inspiró ese sentimiento fué el Duque de Alba, mi abuelo. Tengo que advertir que las dos hermanas eran guapísimas; mi abuela era morena, mientras que la Emperatriz era rubia, más bien roja. Accidentalmente la oí decir que durante su niñez se avergonzaba de tener el pelo tan rojo; lo consideraba entonces como una gran desgracia, y la sorprendió mucho, cuando llegó a ser Emperatriz, que esa cualidad constituyese la última palabra de la moda.

Los afectos de muchos jóvenes de la época titubearon ante la opción entre las dos encantadoras hermanas. Mi abuelo, que probablemente conquistó a entrambas, acabó decidiéndose por mi abuela, y ello fué un tremendo golpe para Eugenia, que no contaba sino diecisiete años. Le escribió una carta, publicada luego por mí, en que dice que considera terminada su vida y que, o se retirará a un conveto, o se suicidará; y fué esto último lo que trató de hacer, ingiriendo una infusión de cabezas de fósforo, que se logró hacerla devolver justo a tiempo. Esa carta ha sido objeto de diversos comentarios, y hay quien la cree escrita al Marqués de Alcañices; pero me parece plenamente probado que estaba dirigida a mi abuelo, porque los amoríos con Alcañices comenzaron bastante después.

A pesar de estas incidencias nunca se enturbió el cariño de Eugenia hacia su hermana, ni siquiera el afecto al marido de ella. Buscó consuelo para este desengaño dedicándose con gran entusiasmo al deporte. Había sido siempre excelente amazona y emprendió ahora grandes excursiones a caballo. Hay un cuadro suyo de este período de su vida, que ha sido muy frecuentemente reproducido y que yo conservo. Odier la representa montando una jaca española con romántico fondo de paisaje lleno de rocas. También fué aficionada al arte de la pintura, y produjo varias acuarelas que, asimismo, he reproducido yo.

A pesar de ser cortejada por muchos jóvenes aceptables, no se decidía Eugenia a casar con ninguno de ellos; pasó el tiempo en viajes continuos entre Francia, Inglaterra y España, y dondequiera tuvo admiradores. Uno de

ellos fué el Marqués de Alcañices, a quien me he referido anteriormente. El la tenía gran afecto, pero no se decidió nunca a declararse, asustado quizá por el dominante impulso de su temperamento.

Sobrevinieron entonces en Francia radicales cambios políticos. Napoleón Bonaparte, hijo de Luis y sobrino del Grande, después de una larga cautividad y de tres intentos fracasados para adueñarse del poder, fué elegido Príncipe Presidente, y, en 2 de diciembre de 1851, dió el golpe de Estado, que le permitió proclamarse Emperador, con el lema: «El Imperio es la paz». En la sociedad de París de aquellos días alternó, como era lógico, con la Condesa del Montijo y sus hijas, y quedó fascinado ante la extraordinaria belleza y sutil inteligencia de Eugenia. Siendo una niña, había ya visto a Napoleón cuando le llevaban preso a la Conserjería. El era muy accesible a los encantos femeninos, y no dejó de impresionarle el aire autoritario de Eugenia de Guzmán, que llevaba entonces el título de Condesa de Teba.

Circula persistente una anécdota que no creo exacta, pero que entraña una realidad. Se celebraba una revista en la plaza del Carroussel; la Condesa del Montijo y su hija habían sido invitadas a presenciarla desde una ventana del Palacio de las Tullerías. Terminada la revista, el Emperador, montado aún a caballo, se colocó debajo de la ventana y preguntó a Eugenia: «—¿Cómo se puede llegar hasta ahí?» La leyenda supone que ella contestó: «—Pasando por la capilla.» En todo caso es positivo que el Emperador comprendió muy pronto que no podría satisfacer su pasión sino mediante el matrimonio. Tenía el Emperador cuarenta y siete años, y como era lógico deseaba fundar una dinastía. Había buscado la posible alianza con alguna de las Princesas europeas, y aun cuando muchas familias reales seguían considerándole como un advenedizo, el nimbo de gloria que rodeaba a su apellido, y aun a su persona, como Emperador de los franceses, hacía de él un gran partido. Su prima Matilde aspiraba muy señaladamente a este matrimonio, pero estaba casada con el Prín-

cipe Demidoff y el Papa se negaba a anular ese matrimonio. También aparecía en candidatura la Princesa Adelaida Hohenlohe, emparentada con la Reina Victoria, que no se hubiera opuesto al matrimonio; pero el Emperador se había enamorado de Eugenia y estaba dispuesto a casarse con ella. No le ocultó la Condesa de Teba tener puestos sus afectos en persona determinada, a causa de lo cual no le daría respuesta terminante hasta estar segura de no poder casarse con el Marqués de Alcañices. Envió a éste entonces un telegrama comunicándole que el Emperador se le había declarado. La contestación fué: «Recibe mi más cordial felicitación»; señal evidente de que estaba resuelto a no casarse con ella. El telegrama de Eugenia fué interceptado por la policía y mostrado al Emperador, porque eran muchos los adversarios de este matrimonio con una extranjera que ni aun tenía sangre real; pero el Emperador contestó que estaba perfectamente enterado del asunto; y puestas de acuerdo ambas partes, se celebró la boda. Muchos años después, con ocasión de una de las visitas de la Emperatriz a mi casa de Madrid, el Marqués de Alcañices, que era ya un anciano, venía a tomar el té todas las tardes con su antiguo amor y se pasaban los dos largas horas hablando de aquellos tiempos. Ello dió ocasión para que exteriorizase la Emperatriz su invariable humorismo. Felicitó, en broma, al Marqués por conservar su pelo y sus patillas de tan oscuro color; y tal impresión le produjo la intencionada alabanza, que pocos días más tarde le vimos aparecer con las canas al natural. Había conseguido hacerle comprender que no engañaba a nadie. Cuando aludían ambos a su amistad juvenil, solía él exclamar: «—No, Eugenia, ni aun ahora mismo me casaría contigo»; a lo que respondía ella con una carcajada.

El matrimonio fué una maravillosa ceremonia y la Emperatriz se hizo popularísima en Francia, negándose a recibir los 600.000 francos ofrecidos por la Villa de París para que se comprase una alhaja, por preferir que ese dinero se entregase a los pobres.

Dos años después la pareja imperial fué a Inglaterra a visitar a la Reina Victoria. Las relaciones entre ambas se convirtieron entonces en amistad tan cordial y duradera, que no terminó sino con la muerte de la Reina de Inglaterra. Ocurrió por entonces que un fraile dominico se esforzó por obtener audiencia de la Emperatriz, y aunque no le resultaría fácil conseguirlo, logró llegar hasta ella. Contó una larga historia sobre la Orden y la labor misionera que estaba realizando en Oriente y terminó pidiendo 10.000 francos, que la Emperatriz le entregó. Luego resultó que no era tal fraile; y cuando refería ella el incidente, decía: « — Il était bien gentil, mon moine.»

Cuando nació el Príncipe Imperial estuvo a punto de costar la vida a la Emperatriz. Al darle a luz quedó ya incapacitada para tener más hijos. El nacimiento del Príncipe fué, según creo, el momento más feliz del matrimonio imperial y del Régimen. Esa felicidad íntima hubiera perdurado a no ser por las constantes infidelidades del Emperador, pues Eugenia estaba sinceramente enamorada de su marido y admiraba sus grandes cualidades. Pero por muy tormentosas que fueran las relaciones de los cónyuges, la lealtad de ella fué absoluta y no falló en ningún momento.

Entre las numerosas aventuras eróticas de Napoleón, la vida no le resultaba fácil. Una de las más famosas tuvo como protagonista a Madame de Castiglione, belleza italiana que dicen haber sido subvencionada por Cavour. Tomó parte en uno de los cuadros vivos de la Emperatriz, someramente vestida de Eva, y se hizo retratar así. Un poco después, el Emperador persuadió a la Emperatriz para que la encomendase, en sus cuadros vivos de Compiègne, un papel de mujer cubierta por velos. Se cuenta de la Condesa de Castiglione que, siendo ya anciana, mandó retirar de su casa todos los espejos para no verse nunca tal como era entonces.

Los ideales de la Italia Una perturbaban la política europea.

En 1858, cierto conspirador italiano, Orsini, atentó

contra la vida de Napoleón III lanzando una bomba destinada a matarle.

En 1859 sobrevino la guerra de la liberación de Italia. Durante la ausencia de Napoleón, actuó la Emperatriz como Regente y supo mantenerse a la altura de sus deberes. Aquella guerra fué tal vez un error, porque determinó la unidad italiana en contra de los Estados Pontificios. La Emperatriz, que era profundamente religiosa, defendió continuamente al Papa. Y Roma no pudo ser la capital de la Italia Unida, mientras una guarnición francesa defendió la Ciudad Papal contra los ataques de Víctor Manuel y Garibaldi. Hasta 1870, en que fueron retiradas las tropas francesas, no pudo Víctor Manuel atravesar la Porta Pía, comenzando entonces el largo cautiverio de los Papas, que no ha terminado sino muy recientemente, merced al Convenio a que llegaron Su Santidad y Mussolini.

Aunque esta campaña tuvo el doble efecto de hacer surgir un Estado rival en el Sur de Europa y reducir y debilitar a Austria, fué un gran éxito militar que valió a Francia parte de Saboya, incluída Niza. El prestigio del segundo imperio alcanzó su mayor altura. París llegó a ser el centro de la vida europea y más que nunca el de la elegancia, sobre la cual ejercía la Emperatriz influjo soberano, lo que no la impedía compartir los deberes del Gobierno, porque, desde su Regencia en adelante, asistió a los Consejos de Ministros.

En 1860, acompañada del Emperador, hizo un viaje triunfal a Argel; pero tuvo que interrumpirlo por el mal estado de salud de mi abuela, su hermana. Regresó rápidamente a París, sin tiempo ya para despedirse de ella, pues había muerto pocos días antes. Su pena fué intensísima, ya que, como he dicho, el cariño a su hermana cuenta entre las más arraigadas pasiones de su vida.

Nunca se juzgó extranjera en Francia, donde se había educado, y vivido después muchos años; pero desde su matrimonio se consagró por entero a servir los intereses de su nueva Patria, aunque sin olvidar la de origen, razón por la cual, para poder contemplar, al menos de lejos, las

montañas españolas, se hizo construir un palacete en Biarritz, convirtiendo esta playa de pescadores en una de las más bellas y elegantes del mundo.

Entre los visitantes de Biarritz figuró el Conde de Bismark, que ya entonces se preparaba para destruir a Francia. En 1866, declaró Prusia la guerra a Austria. Fué una guerra corta, porque la batalla de Sadowa permitió aniquilar las fuerzas austríacas en muy pocas horas. La Emperatriz se declaró partidaria de que se ayudase a Austria, que como país católico gozaba de sus simpatías, pero la salud del Emperador era cada vez más corta. Francia se abstuvo de intervenir hasta cuatro años después, en que fué ella misma atacada, y entonces Austria permaneció también neutral. Quizá acertaba la Emperatriz en el juicio sobre la situación.

Mientras se desenvolvían así los asuntos de Europa en contra de Francia, la aventura mejicana ocasionó al segundo Imperio gran pérdida de prestigio, que alcanzó a la Emperatriz Eugenia, patrocinadora de esta empresa. Todavía acrecentó la dureza de esos golpes la suerte fatal de la Emperatriz Carlota, conocida ya por el nombre de la Emperatriz loca, a causa del fusilamiento del Emperador Maximiliano.

Otros dos acontecimientos de gran esplendor se celebraron por entonces: la Exposición de 1867 en París y la apertura del Canal de Suez, por la Emperatriz, en 1869, después de una visita al Sultán de Turquía, en Constantinopla. Sin embargo, en el interior del Imperio se estaba todo resquebrajando. Recuerdo haber oído a la Emperatriz comentar cuán imposible era para ella en aquel período intentar nada que no se censurase. Si compraba vestidos, se la acusaba de gastar demasiado dinero. Si procuraba economizarlo en galas, las sederías de Lyon y los comerciantes de la Rue de la Paix se lo reprochaban.

Aparte esto, el Emperador estaba ya positivamente enfermo, y la anécdota que os voy a referir referente al caso, no la he visto mencionada en ninguna parte. Hubo una consulta de los más eminentes doctores de entonces, pre-

sidida por el gran cirujano Nelaton. El más joven de los presentes era Saye, quien, según el protocolo, fué el primero en dar su parecer. Lo resumió diciendo que no valía la pena de perder el tiempo, cuando todos estaban de acuerdo acerca de la causa de la enfermedad del Emperador, que no era sino la existencia en la vejiga de una piedra de gran tamaño. Hacíase indispensable la operación, y la única persona capaz de realizarla, por su reputación y por sus aptitudes, era Nelaton. La respuesta del aludido fué muy oportuna; dijo que coincidía, en efecto, con sus colegas, pero que en el estado del Emperador, la operación equivalía a la muerte, añadiendo: «la situación política es tan grave, que no me siento capaz de asumir esa enorme responsabilidad». Al Emperador no se le dió nunca cuenta de lo ocurrido en esta consulta. En 1870 comenzó la guerra franco-prusiana. El Emperador, fatalista como siempre, marchó al frente. Hubo de hacer marchas y contramarchas agonizando de dolor, y resultó incapaz de dirigir su Ejército e impedir el caos, que no obstante el valor positivo de las tropas francesas, caracterizó aquella campaña. Como sabéis todos, terminó en Sedán. El Ejército imperial quedó copado, el Generalísimo herido y no hubo otra solución que la de rendirse. La víspera había permanecido el Emperador durante varias horas en el campo de tiro de los cañones alemanes, con la esperanza de encontrar ese día la muerte. Luego que vió sucumbir a varios ayudantes que le rodeaban, o a los caballos de ellos, se persuadió de que su presencia allí daba ocasión a que pereciesen otros, pero no él, y se retiró exclamando, con referencia a la muerte: «Elle ne veut pas de moi.» Al siguiente día, 2 de septiembre, capituló.

La Emperatriz, que actuaba como Regente, se enfureció al recibir estas noticias. La rendición para ella era deshonrosa y se resistió a creer exactas las primeras referencias. Después se hundió todo; los republicanos aprovecharon la oportunidad para derribar al Imperio; el motín popular llegó hasta las mismas puertas de las Tullerías. La Emperatriz trató de organizar una resistencia, pero fué

en vano. Pidió ayuda a Trochu, que se la prometió y faltó a su palabra; era bretón, tenía fama de leal, había jurado defender París y la dinastía, lo cual no le impidió traicionar a todos. Pocas horas después, la preocupación capital de la Emperatriz fué que, si salía de París, se pudiera creer que desertaba. Se negó a abdicar, y sólo cuando el Prefecto de Policía alegó la imposibilidad de defender el Palacio sin hacer fuego sobre la multitud, se resignó a su suerte y siguió los consejos del Embajador italiano, Nigra, y del austríaco, Metternich, que no habían cesado de intentar persuadirla cuán necesario era que saliese de las Tullerías. La Emperatriz se convirtió así en cabeza de turco y se la culpó de todos los desastres producidos por la guerra. En realidad, habría aprovechado muy poco permanecer en las Tullerías, porque ella y cuantos la rodeaban hubiesen perecido asesinados, y la única salvación posible estaba, efectivamente, en la fuga.

El destino de María Antonieta constituyó siempre una obsesión para la Emperatriz durante su reinado. Recorrió las largas galerías hasta el Museo del Louvre, encontrando unas puertas abiertas y otras cerradas, acompañada por los dos Embajadores, y tomó la salida de Saint-Germain-l'Auxerrois. Después subió a un coche de alquiler. Un muchachuelo parisién la reconoció y la señaló con el dedo; afortunadamente Nigra y Metternich consiguieron hacerle callar. Buscó refugio de casa en casa, pero sus inquilinos habían salido de la capital ante el anuncio de la proximidad del ejército alemán. Por azar, se dirigió al domicilio de su dentista, un americano llamado Dr. Evans, quien hizo cuanto pudo para ayudar a la Emperatriz en la huída, planeada por él aquella noche. A la mañana siguiente salieron hacia la costa en el propio carruaje del doctor, para el cual encontraron relevos en el camino. Evans, y un amigo suyo llamado Crane, decían ser dos médicos que llevaban a Inglaterra a una señora enferma, la cual era, naturalmente, la Emperatriz, y su compañera, Madame Lebreton, desempeñaba el papel de enfermera. No tenía S. M. vestido ninguno de repuesto, ni dinero, ni

sabía lo que podría ocurrir al día siguiente, pero su valor enérgico no la abandonó cuando el coche en que iban se hubo roto. Encontraron providencialmente un tren que condujo a todos a Lisieux. Cuando entraba en el compartimiento, la empujó violentamente el jefe de estación, cerrando tras ella la puerta, al par que murmuraba, en voz muy baja, la razón de su conducta, que era haberla reconocido y desear impedir que la reconocieran otros. En Lisieux, tras larga espera bajo la lluvia, encontraron otro coche que les condujo a Deauville.

Planteóse entonces el problema de cruzar el Canal y resultó hallarse en el puerto un *yacht* que pertenecía a un inglés, Sir John Burgoyne. Evans fué a visitarle y le pidió su ayuda. Burgoyne contestó que, como el tiempo era detestable, el riesgo sería muy grande, no atreviéndose a tomar sobre sí la responsabilidad de la travesía. Evans replicó que cuanto más grande fuera el riesgo lo sería también el honor. Lady Burgoyne se comportó maravillosamente; desde el primer instante se dijo dispuesta a ayudar a la Emperatriz y la hizo embarcar aquella misma noche. Durante la travesía del día siguiente arreció en proporciones terribles la tempestad y el *yacht* estuvo a punto de naufragar; pero a la otra mañana llegaron por fin a Ryde, y dos días después estaba ya la Emperatriz en Hastings, donde se reunió con el Príncipe Imperial. No sabía nada del Emperador, sino que había sido llevado a Wilhelmshoehe, junto a Cassel; más adelante fué a verle. Firmada la paz, el Emperador marchó a Inglaterra, a Chislehurst, donde permaneció hasta su muerte. Se le hizo la operación, y el tamaño de la piedra que se extrajo permitió comprender la magnitud de los sufrimientos que había debido de padecer durante la campaña. La Emperatriz le cuidó durante los últimos días con abnegación incesante, olvidando ya todas las diferencias que les habían separado.

Como he dicho antes, se culpó a la Emperatriz del desastre que cayó sobre Francia. Se dijo (publicándose esta infame patraña en un artículo del periódico *Le Fran-*

çais) que había llamado a esa guerra «ma guerre à moi». La verdad es que cuando Lesourd, Encargado de Negocios en Berlín fué a visitarla, después de su despido de Alemania, la encontró hecha un mar de lágrimas y terriblemente angustiada por el rompimiento. Algunos años después escribió Lesourd a la Emperatriz diciendo saber bien cuán calumniosa era la acusación, pero suplicando que no invocase su testimonio, porque podría perjudicar gravemente a su carrera diplomática. El original de esta carta, que está en mi poder, ha sido ya publicado.

La historia de Francia nos descubre las curiosas reacciones del pueblo francés ante las derrotas. Busca siempre un traidor, algún responsable de lo que está ocurriendo. En la misma *Canción de Rolando* es Ganelón quien carga con la culpa de la muerte del héroe. En el siglo XVI, la prisión de Francisco I, en la batalla de Pavía, se imputó a la traidora conducta del Condestable de Borbón. En 1870, el traidor fué Bazaine, y la Emperatriz hubo de pechar también con todo género de culpas. Adoptó una actitud de gran dignidad, y no quiso jamás salir al paso de estas calumnias, diciendo: «Je suis morte, l'Histoire me fera justice». En efecto, su reputación se esclarece cada día más y está alcanzando la altura a que es realmente acreedora. Pese a sus muchos enemigos y a las infidelidades de su marido, jamás se puso en duda su reputación de mujer honrada.

Al llegar a Inglaterra no tenía la Emperatriz más bienes que las rentas de sus posesiones en España; pero merced a la buena administración de éstas y a la venta de algunas alhajas, reunió lo necesario para vivir holgadamente.

El Príncipe iba creciendo y mostraba poseer una personalidad encantadora. Era, en cierto modo, un místico, y escribió una muy bonita oración que se ha conservado. Siguiendo la tradición napoleónica, entró de artillero en Woolwich. Viajó mucho con su madre y pasó temporadas en Suiza, pero su residencia permanente siguió siendo Inglaterra. Sobrevino después la expedición a Zu-

lulandia. El Príncipe resolvió ir. La Emperatriz le negó el permiso, pero después de largos forcejeos se salió él con la suya. Desde el principio le persiguió la mala suerte. Tuvo que marchar precipitadamente, sin tiempo para reunir un equipo adecuado, y hubo de comprar lo que encontró hecho; entre otras cosas, una silla de montar, sin tiempo para encargarla adecuadamente. Una vez en Zululandia, le contrariaron las preferencias de que se le hacía objeto; por ejemplo, la de formar una guardia de swazis para su personal protección, lo cual le molestaba mucho, si bien no podía impedirlo. El día fatal, 1° de junio de 1879, esta guardia no estaba con él, a causa de un error en la trasmisión de las órdenes, y hubo de salir, con muy reducida tropa, bajo el mando del capitán Carey, a explorar sitio adecuado para el próximo campamento. A su llegada al Africa del Sur, había comprado el Príncipe un caballo de tan buena estampa como mala boca. Gracias a ser consumado jinete logró dominar al animal. En la tarde de aquel día, después de haber tomado algunos croquis topográficos, se sentaron todos a descansar. De pronto, les sorprendieron, en gran número, los zulús, que se habían acercado ocultos por las altas hierbas, acometiéndoles con gritos salvajes, entre los disparos de unos cuantos viejos fusiles. Murieron dos soldados. Carey se lanzó sobre su caballo y salió al galope. El Príncipe, siguiendo su costumbre, se agarró a los faldones de la montura para saltar sobre el animal, pero éste se encabritó y trató de seguir al galope al del capitán Carey y a los demás. Los faldones se rompieron y se quedaron en las manos del Príncipe, que se vió solo frente al enemigo. Le hizo cara con valor heroico, sacando su espada y muriendo como un hombre. He examinado varias veces su uniforme: tiene en el pecho dieciséis cuchilladas de azagaya; ni una sola en la espalda. Su cuerpo quedó allí, hasta que poco después se lo entregaron a Cetiwayo. El pequeño monumento que se levantó más tarde en el sitio donde ocurrió la muerte ha sido conservado hasta hoy por dos zulús de los que componían el destacamento agresor del Príncipe. Am-

bos atestiguan el admirable valor con que se batió el gran jefe blanco.

La noticia de su muerte fué transmitida a la Emperatriz, con las máximas precauciones, por el Duque de Bassano; pero cuando se percató bien de ella, la sobrevino un desmayo. Escribió a su madre una de las más hermosas cartas de su vida, extraordinariamente breve: «J'ai le courage de te dire que je vis encore. La douleur ne tue pas.» Jamás acusó a Inglaterra de ser culpable de la desgracia.

Un año después fué a Zululandia y refería que al acercarse al lugar del suceso, tuvo la extraña impresión de estar presente su hijo.

Mucho después de esto, su doncella Alina, que me estimaba mucho, me dió, en una de mis visitas a Londres, la última reliquia de cuantas poseía la Emperatriz. Era un pequeño quepis que regaló al Príncipe Imperial y que tenía éste en Zululandia cuando murió. Dentro, de letra de la Emperatriz, lleva escrito lo siguiente:

«Que Dieu protège la France et te donne tard, bien tard, une morte chrétienne.»

Su pena fué horrible. Unicamente su gran fe la permitió sobrevivir después de golpe tan cruel. Poco a poco fué recuperando, no sólo su maravillosa energía, sino hasta su continuo buen humor.

Entonces comenzó el epílogo de su vida. Viajando de un lado para otro, atraída siempre por todo lo bello, e interesándose en las cosas cada vez más, a medida que pasaba el tiempo, procuró en lo posible rodearse de gente joven, como nosotros, sus sobrinos nietos y nuestros amigos. Se sentía alegre y hablaba de todo, salvo de lo referente al Príncipe, como no fuese en la mayor intimidad, con alguno de nosotros.

Durante ese lapso fué de gran alivio para ella la amistad de la Reina Victoria. Iba todos los años a Escocia, pasando un mes en Abergeldie, con su excelente amiga.

Compró la finca de Farnborough, donde construyó la cripta en que yacían el Emperador y el Príncipe, junto a

un monasterio de monjes franceses de la Orden benedictina, que todavía siguen allí.

Visitaba todos los años París, y paraba en el Hotel Continental, frente a las Tullerías. Solía pasear por los jardines, y un día cogió una flor. Fué amonestada por el guarda, que la dijo: «— ¿Por qué ha hecho eso? Ella contestó humildemente: «— Soy la Emperatriz Eugenia.» El guarda, volviéndose a la persona que la acompañaba y golpeándose significativamente la cabeza, exclamó: «—¡Esta señora está loca!» Durante sus visitas al Continente mantuvo largas conversaciones con personajes franceses, entre ellos el diplomático Paléologue, que las transcribió y publicó en el delicioso libro titulado *Entretiens avec l'Impératrice Eugènie,* del cual entresaco estos episodios. Paléologue la preguntaba un día: «— ¿Cómo, señora, conociendo la situación de Francia y las esperanzas puestas en una restauración del Imperio, permitisteis que el Príncipe se expusiese al grave riesgo de la guerra?» Y ella contestó: «— ¿Qué podía hacer yo? Por parte de su padre llevaba en sus venas sangre de Bonaparte, y por la de su madre, de Don Quijote.»

Durante estos años vi constantemente a la Emperatriz, y pude apreciar, así la firmeza de su carácter como su amor a la verdad; era con frecuencia impulsiva y capaz de tomar decisiones precipitadas; pero al advertir que se había equivocado, se apresuraba a proclamar su error. Gustaba mucho de leer, singularmente Historia, y en especial la contemporánea, y tenía además gran perspicacia política. Fué también profundamente religiosa, sin incurrir en la beatería, lo cual no la impidió ser muy supersticiosa. Para ella era el domingo día de mala suerte, porque en domingo murió su padre, en domingo sucumbió el Imperio, en domingo mataron al Príncipe y, detalle curioso, también ella murió en domingo. Hubo una época durante la cual se aficionó a consultar a los espíritus por medio de las mesas, y prestó gran interés a un escocés, llamado Hope, que afirmaba ser posible la comunicación con los muertos.

Su memoria fué siempre extraordinaria. Podía hablar horas seguidas sin omitir el menor detalle, y cuando alcanzó gran edad, recordaba mejor que los sucesos entonces actuales los de su juventud, o la época del Imperio. Era también muy femenina. Habiéndome llamado, una vez, a su cuarto, cuando tenía noventa y cuatro años, en ocasión de estársele dando masaje, exclamó: «—Puedes entrar, pero júrame que no abrirás los ojos; no quiero que me veas las piernas.»

En 1885 compró la finca de Cap Martin, donde pasaba los meses de invierno, e iba yo a acompañarla todos los años. Compró también un *yacht*, haciendo excursiones en él, año tras año. Durante una de ellas llegó hasta la India.

En 1901 la sobrevino otra gran desgracia: la muerte de mi padre, a quien había querido siempre. Se educó junto a ella, desde su infancia. El y su hermana (que luego fué Duquesa de Tamames) eran sus favoritos.

Poco después sobrevino la muerte de mi madre, a quien también quería mucho, y la oí referir a menudo que la gran cruz de la vejez consiste en haberse de separar de todas las personas a quienes se profesa sincero afecto.

Durante este período de su vida departí mucho con ella sobre cuestiones históricas, por haber sido llamado a formar parte de la Real Academia de la Historia y gustar ella mucho de esos temas.

Había una familia objeto constante de sus críticas, casi me atreveré a decir, de su animadversión: la familia real italiana. Muy cortés con la alemana, no obstante haber sido tan enemiga suya, no perdonaba a la Casa de Saboya su conducta con el Papa. Refiriéndose concretamente a Víctor Manuel I, solía decir: «Encore, s'il savait monter à cheval», aludiendo a las muy menguadas aptitudes hípicas de ese Rey.

Durante las largas veladas de Farnborough, no consentía que nadie leyese después de cenar; prefería la conversación, aunque se entretenía, además, haciendo solitarios, mientras se lo permitieron sus ojos. Vestía siempre de negro. Cuando estaba sentada y hablaba, solía jugar con

los cinco anillos de boda que llevó siempre puestos. Lo normal era que la tertulia fuese reducida, componiéndola Pietri y yo. Si, viendo decaer la conversación, deseaba reanimarla, no tenía sino decir a Pietri: «Después de todo, Garibaldi no fué tan grande como dicen». Bastaba esto para sacar de sus casillas a la Emperatriz y ocupar el tiempo hasta la hora de acostarnos, que solía ser alrededor de las once.

Como conservaba un excelente humor, en cuanto aprendía yo alguna historia entretenida, me apresuraba a contársela.

Durante su estancia en Cap Martin, se rodeaba de huéspedes interesantes. Hanotaux fué visitante asiduo, así como el Almirante Du Perret, y sobre todo Madame de Pourtalès, señora de notable entendimiento, y una de las bellezas que pintó Winterhalter. Ella y la Emperatriz permanecían sentadas horas enteras, comentando las modas del día, llegando a esta conclusión, lanzada con su habitual jovialidad: «Nous d'étionr pas si mal dans notre temps». Winterhalter demostró que así era la verdad.

En 1914 la Guerra grande causó a la Emperatriz terrible ansiedad. Tenía que permanecer en Inglaterra y no podía pasar el invierno, como de costumbre, en el Mediodía de Francia; pero su maravillosa constitución la permitió resistir el frío constante. Durante las primeras semanas de la guerra exclamaba, presa de gran inquietud: «C'est la même chose qu'en 1870.» Después sobrevino el milagro del Marne. Seguía la guerra día por día. Visité yo el frente francés e inglés varias veces, y a mi regreso, en Inglaterra, tuve que darle cuenta detallada de cuanto había visto. Se organizó en Farnborough un hospital para oficiales heridos y se consagró ella a cuidarlos. Cuando uno de estos pacientes confundió, en un cuadro, al Emperador con Poincaré, despistado evidentemente por la banda roja de la condecoración y la exigua perilla, rió mucho la equivocación, y no se cansaba de referir el suceso.

Al término de la guerra, tuvo la alegría de ver a Fran-

cia recuperar Alsacia y Lorena, y esto la dió ocasión de prestar un último servicio a su patria adoptiva.

Mientras se discutían en Versalles las condiciones de paz, se invocaron razones étnicas para sostener la tesis de que esas provincias deberían seguir siendo alemanas. En 1871, cuando la Emperatriz escribió al Emperador alemán rogándole que no mutilase a Francia, había él replicado que la conservación de Alsacia y Lorena obedecía exclusivamente a razones estratégicas, esto es, la de preservar al Imperio de la inevitable reacción de Francia. Esta carta sirvió, evidentemente, como argumento capital para convencer al Presidente Wilson, cuyo ascendiente sobre la Conferencia de la Paz era muy grande. Se rogó a la Emperatriz que entregase la carta, porque Clemenceau deseaba leerla. Clemenceau había sido el mayor de sus enemigos, pero le había perdonado completamente, al punto de que, cuando ganó la guerra, dijo que le besaría con gusto. Sin embargo, femenina hasta el fin, no quiso dar la carta a quien había sido un *Communard,* sino que la envió al Archivo del Quai d'Orsay, de donde la recogió Pichon, Ministro de Negocios Extranjeros. Yo la pedí que la publicase, pero persistió en su negativa, diciendo: «Je suis morte, je ne dis rien.»

En Farnborough me repitió lo que me había dicho otras veces: «No he escrito memorias. Sé que hay varias apócrifas que se escriben para ser publicadas como mías. Si aparecen, deberás hacer público que yo no he escrito jamás ninguna.» Me entregó después la cartas de Merimée: «—Ya sé que te gustan mucho. Publícalas cuando quieras. No te puedo dar todas; te las completaré dentro de unos meses, cuando vuelva a Inglaterra.» La razón verdadera era estar ella releyéndolas una por una, para destruir, leal al Emperador, las escritas a mi bisabuela, cuando no era Napoleón III sino un mísero pretendiente. Lo lamenté, pero reconozco que, según sus ideas, hizo lo que creía deber hacer.

Después de la guerra reanudó sus costumbres, y de nuevo volvió todos los años al mediodía francés. Tenía noventa y tres y su salud comenzaba a flaquear.

En marzo de 1920 estaba yo en España, cuando recibí un telegrama de la Emperatriz llamándome con urgencia a Cap Martin. He dicho ya que era supersticiosa y jamás hablaba de la muerte. La historia de haberse negado siendo niña a besar la mano de un anciano pariente que yacía cadáver y arrojándose por la ventana desde altura considerable (aunque por fortuna resultara ilesa), ante el terror que la inspiraba tener que hacerlo, debió de ser auténtica.

Cuando llegué a Cap Martin me hizo llamar a su cuarto y me dijo: «Me encuentro muy débil, tengo muchos años y comprendo que voy a morir. Pero antes quiero ir a España; además, estoy perdiendo la vista como la perdió mi madre. No me importa la soledad, estoy acostumbrada a ella; pero la vida sin lectura de libros ni periódicos se me haría intolerable.» Me apresuré a protestar, asegurando que las cataratas se podrían operar; pero se negó a escucharme. «He consultado con los mejores oculistas de Francia — afirmó — y me han dicho que a mi edad la operación es imposible.» Quedó, pues, convenido que volvería a España.

Claro es que el caso me preocupaba mucho, y hablé de él con varios amigos, adquiriendo así noticia de que había en Barcelona un médico, llamado Barraquer, inventor de un nuevo procedimiento para batir las cataratas.

En el mes de abril embarcó la Emperatriz con rumbo a Algeciras y fuí yo a su encuentro. Su espíritu se mantenía muy firme. Había allí un barco inglés que la rindió honores, así como los buques de guerra españoles; el Gobernador de la provincia, el Obispo y otras personalidades acudieron a presentarla sus respetos. Mientras cruzaba a lo largo del muelle la rogué que se pusiese las gafas para defenderse del sol, y me contestó: « — Jamais le soleil de l'Espagne n'a fait mal à mes yeux.» Tenía preparado para recibirla un tren especial, pero prefirió hacer el viaje en automóvil; y la llevé hasta Sevilla, en coche descubierto, con su doncella. Cuando pasábamos por Tarifa me obligó

a parar y estuvo explicando a la muchacha el episodio de su antepasado Guzmán el Bueno, quien prefirió sacrificar a su hijo a ser desleal. A nuestro paso por Jerez vió a un oficial inglés que había sido compañero de su hijo en Woolwich y mantuvo con él larga conversación.

Llegamos a Sevilla por la noche, después de siete horas de viaje, y se empeñó en dar una vuelta para ver las mejoras que había yo introducido en la casa. A la mañana siguiente se proponía salir, con el fin de saludar al Rey, y mandó venir el coche a las once; pero la cortesía de Don Alfonso se le anticipó, y fué él quien acudió a saludarla. Durante su estancia en Sevilla demostró la Emperatriz poseer aún grandes energías. No dejó de ver a nadie y gozó extraordinariamente una noche en que organicé yo una fiesta de «cante flamenco». Después fuimos a Madrid.

Estaba encantada con la noticia que yo le acababa de dar de mi próximo matrimonio y exigió que lo celebrase en Farnborough, como en efecto se lo prometí. No pudo ser así porque sobrevino su muerte, pero cumplí mi palabra hasta donde fué posible, casándome en Inglaterra, y la primera visita que hice con mi mujer fué a su tumba.

En Madrid prosiguió su vida activísima, recibiendo a hombres políticos y demás personas conocidas, bien en comidas, bien en audiencias. La hizo mucha ilusión que el Embajador francés acudiese a saludarla e incluso habló de correr a su encuentro, pero desistió, diciendo: «Je ne pourrais pas, on dirait: ¡Cette vieille folle!»

Como si su estancia en España la hubiese infundido nueva vida, aunque en realidad era el último chisporroteo de la llama, me dijo un día: «—¿Qué hay de ese español que dicen que opera las cataratas?» «—Déjeme que le llame» —contesté. «—Ya sé que es imposible —replicó —, pero me gustaría verle.» Vino y quedó convenida la operación. La afrontó con gran valor, aunque perennemente femenina, se negó a quitarse la falsa dentadura.

La operación no duró sino un minuto aproximadamente y fué felicísima. Cuando, pocos días después, se le levantó el vendaje, estaba entusiasmada de volver a ver

como antes. Pensaba ir a Barcelona (para dar allí las gracias al doctor) y al Norte de España; pero desistió del intento, puesto que quería hallarse en Farnborough para mi matrimonio. Durante todo este tiempo comió muy bien y se quejaba de que mi cocinero la sometía a régimen. Había tenido un pequeño enfriamiento, pero pareció haberle dominado, hasta el punto de que el 9 de julio marché yo a Londres, donde asuntos referentes a mi matrimonio requerían mi presencia. Al día siguiente por la tarde se sintió otra vez mal y se acostó. Insistió en tomar una bebida helada que la produjo un ataque de uremia; a la mañana siguiente perdió el conocimiento y murió con gran tranquilidad, pocas horas después, a las ocho de la mañana del domingo, 11 de julio de 1920.

Como epílogo, permitidme que os cite unas líneas de Calderón de la Barca, cuya jerarquía en las letras españolas se puede comparar con la de Shakespeare en Inglaterra. Es autor de la obra que interpreta más acertadamente el honor y la caballerosidad. Me refiero a *El Alcalde de Zalamea*, donde dice:

> Al Rey la hacienda y la vida
> se ha de dar; pero el honor
> es patrimonio del alma,
> y el alma sólo es de Dios.

Durante toda su vida se mantuvo la Emperatriz rigurosamente fiel a este código del honor. No encontraría modo más feliz de terminar esta conferencia, ni frase capaz de superar a estas palabras, referidas a ella y pronunciadas, no por uno de sus admiradores, sino por aquél que la traicionó.

Aludiendo al Consejo de Ministros, celebrado durante los días críticos de 1870, bajo la presidencia de la Emperatriz, confesó Trochu, años después: «Elle nous dominait tous par sa beauté et sa vertu.»

EL DUQUE DE ALBA.